

en el desconsuelo: “El cielo/ siempre es generoso/ con los que pierden.”

La vida no son solo brevísimos pa-ráisos que el amor nos da. Siguiendo a Borges, a quien tanto admira, Oñate escribe al final su propio poema de los do-nes, y su mayor gratitud es por la Poe-sía, el arte que nos permite al menos escribir lo que fue en algún momento “el esplendor en la hierba” que, gracias a Dios o para desgracia nuestra, nunca merecimos.

**MARCO ANTONIO CAMPOS**  
MÉXICO, 2011

**MARCELO BÁEZ,**  
***Catador de arenas,***  
Quito, Libresa, 2010, 187 pp.

*Catador de Arenas*, de Marcelo Báez Meza (Guayaquil, 1969) que en 2005 mereciera el Premio Único del IX Concurso Nacional de Literatura Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas-Municipio de Guayaquil, es un texto que sorprende por su estructura lúdica que se plantea, entre otras cosas, reinventar no solo una historia y el punto de vista en torno a una enfermedad como el insomnio, el amor, sus encuentros y fracturas, sino reformular la noción respecto al acto de novelar. De ahí que asistamos a la construcción no de una historia, sino de varias posibles historias (el narrador lo reconoce) que nunca llegan a estar claras ni a tener su clásica resolución.

En este texto el armado de la posi-ble historia madre o central opera a par-tir de sumar diversas instantáneas que van dando cuenta del drama que debe enfrentar la joven francesa Juliette Pe-rec y el ecuatoriano Gesualdo Aretino, ambos nacidos en “la década perdida”, según unos, pero muy bien aprove-chada por los trogloditas del neolibera-lismo, de los ochenta. Juliette, es una turista accidental cerca de graduarse de psicóloga en algún país europeo; él es “un viajero inmóvil” que ejerce de diseñador en “una de las agencias de publicidad que mejor facturan en el me-dio”. Su encuentro casual en una esqui-na cualquiera de “una ciudad portuaria”, terminará por ser la invitación a un viaje en el que se van a confrontar la pasión por los relojes de arena de Aretino y el

silencioso mal de la Perec que consiste en no poder dormir.

Sin duda que este libro de Báez rompe con el formato y la teoría de la antinovela para proponer una especie de posnovela, o simplemente, para mostrarse como un texto desarticulado, que anula toda posibilidad del discurso secuencial y dar lugar a la fugacidad del “memorando”. De ahí que se asuma como un “informe”. Es interesante y revelador lo que el “cronófilo”, que sustituye al narrador común, apunta:

Esta pequeña ficción solo espera capturar los momentos esenciales de este encuentro o desencuentro, como se lo quiera llamar, de dos seres que ahora están suspendidos por el olvido. Es únicamente un memorando en el que se anotan los detalles más importantes de unos días que no merecen ser dejados atrás. Por eso el pequeño informe de lo que pasó debe hacerlo alguien que no necesariamente los vio, alguien que, antes que nada y primero que todo, es un escritor o alguien que cree serlo, un cronófilo que sabe organizar los datos recolectados, un cronófago que conoce de sobra el lenguaje de la ficción que lo simula todo. (p. 16)

Por tanto, quien cifra este memorando es el testigo de una historia que da cuenta de una pasión, pero a la vez de una simulación: todo lo que se nos cuenta son, probablemente, los apuntes de una historia que alguna vez, como en las formulaciones de Borges, soñamos; o todo es parte de una pesadilla que la única forma de aceptar su atrocidad escondida es disfrazándola de una ficción, que en todo momento el autor busca, se propone, que no llegue a tener el formato de las que son his-

torias convencionales, sino que tenga ese sentido del texto fugaz, del informe en el que caben aquellos detalles sustanciales que permiten que se torne, a la vez, una junta de siluetas; sombras que solo tienen su forma perfecta en la incompletud de las que ese escritor, que es un falso testigo (un cronófago), es capaz de otorgarles.

Por eso en este texto todo sucede como esos informes delirantes, alucinados, que recogemos en esas noches en las que todos, de una u otra manera, padecemos el terrible mal que debilita, pero a la vez convierte en excepcional, a Juliette: la imposibilidad de dormir. La pregunta que se impone es si, en verdad, el mundo posmoderno, con todos sus vicios y tormentos, no nos ha convertido en insómnicos disimulados, o en averiados “guerreros del tiempo”, al pretender, con una clepsidra, ir midiendo no cómo pasan las horas y los días, que es la norma dentro de la cultura judeo cristiana, sino cómo el tiempo se convierte en esa otra cara del no poder dormir; cómo tortura, cómo nos deshabilita e incapacita para reconocer que simplemente somos cautivos de esa otra pesadilla que se desata fuera de la clepsidra y que hemos definido como la realidad.

Lo curioso y notable de este experimento narrativo o *cronófago* de Báez es que, al reconstruir los principios del relato (Si un reloj puede descomponerse, ¿por qué no una novela?, p. 72), ha dado paso quizás a configurar lo que es y son esos diversos relatos que la cotidianidad posmoderna ha forjado, en los que la visión de la realidad está atravesada por el absolutismo de lo virtual. Esto es, que todo aquello que antes entendíamos por realidad, por ejemplo, ha

sido reformulado en función del vértigo capitalista, los simultaneísmos o espejismos que engendra la globalización y la sensación, tramposa por cierto, de que la Historia, con mayúscula, ha llegado a su fin. Creo que lo curioso y revelador de este irónico y desconcertante ejercicio, es saber que ya no hay personajes, esas identidades verbales han sido sustituidas por esta especie de hologramas y la historia ya no se cuenta, sino que es un recorte, un sistema de fragmentos que se reproducen como pedazos de un espejo en el que, desde el célebre cuadro de Velásquez, empezamos a sospechar que esas imágenes solo eran la sensación de lo que queríamos, anhelábamos no ver, pero sí soñar para desacreditarlas como parte de lo que buscaba legitimar el cuadro.

Por eso, el escritor en *Catador de arenas* es una especie de último testigo que coparticipa de un drama del que en apariencia ha intentado darnos cuenta, en parte, tratando de humanizar lo que en el fondo termina por ser desolador y asfixiante: esa condición que como lectores a la vez nos toca asumir prolongando la del cronófago, a quien solo la palabra —forma lúcida de resistencia— le permite evitar ser parte de esta especie de filme que se proyecta entre cortes en una sala que es la ciudad que habitan con excepción Juliette y Gesualdo; esa ciudad vaciada ha devorado a los otros testigos pero de cuya memoria el escritor tiene ciertos retazos. Lo que nos pone ante el otro drama del que da cuenta este “informe”.

Hay un momento que el cronófago se pregunta: “¿Cuáles son los síntomas a través de los cuales se intuye que una novela está enferma de Tiempo?”. De pronto sospechamos de algunos; aun-

que no dudamos en pensar que toda novela siempre está “enferma de Tiempo”, quizás porque es la materia básica de la que se nutre, porque es el agua en la que navegan todas las criaturas que la habitan. Por eso, bien podríamos decir que *Catador de arenas* es un informe, una novela, un memorando asolado de tiempo. Mal del que padece Juliette, pues su guerra es contra el dios Crono que de manera inflexible e irracional la consume y la hunde en una pesadilla que la ha disecado sin tregua; Gesualdo por su parte es un obsesionado por la estética del reloj, peste que expresa de manera paradójica toda la condición insana de un sujeto que de pronto también empieza a adolecer de ese mal que el amor le ha inoculado. Pues el tiempo que discurre en la clepsidras que colecciona con la acuciosidad con la que Nabokov capturaba sus mariposas, es el que va apuntando no los días que ha vivido sino los que solo son parte de su vida en tanto se expresan como un simulacro de los que algunas vez querría o quisiéramos vivir con esa mujer que el torbellino de su mal configura real y entrañable en tanto su cuerpo deseado es parte de un descenso silencioso, constante y severo que da cuenta de ese otro viaje desolador que culmina en la ceniza como negación de algún olvido.

**RAÚL SERRANO SÁNCHEZ**

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,  
SEDE ECUADOR